

ños pueblos que se tocan difieren con frecuencia por completo. Los Atenenses se distinguían tanto por su buen humor, su ingenio y su cortesía, como los Tebanos por su frialdad, su torpeza y su rusticidad; sin embargo, Atenas distaba apenas una jornada de Tébas. Hay más. Plutarco, discutiendo acerca de los efectos del aire sobre el espíritu humano, dice que había muy poca semejanza entre los habitantes del Pireo y los de la alta Atenas. Otro hecho. Véanse los Judíos en toda la Europa y los Armenios en todo el Oriente: en todas partes son idénticos. No dirémos con Hume que los unos siempre trapaceros y los otros siempre honrados; pero nadie puede negar que los Judíos conservan su carácter peculiar bajo los diversos climas que habitan. Otro hecho reverso del anterior. Dos naciones, de origen, de religión, de costumbres diferentes, habitan el mismo país durante siglos; sufren la influencia del mismo clima; pero, si no se mezclan, la diversidad y la oposición subsistirán: tales son los Griegos y los Turcos (1).

Estos hechos prueban que hay causas morales, políticas y religiosas, cuyo poder es tal, que dominan la influencia del clima, pero no prueban al mismo tiempo que sea nula esta influencia. La doctrina de Hume, tomada en sentido absoluto, no pasa de una paradoja ingeniosamente desenvuelta. Los hechos por sí mismos no dicen nada; todo depende de sus causas. Por otra parte, ¿no se corre el peligro de tomar por permanentes hechos que no pasan de pasajeros? Los hechos van continuamente transformándose; así, el que pasaba por una verdad en el siglo XVIII por ejemplo, queda desmentido en el XIX, por efecto de una más larga experiencia. Citarémos un ejemplo muy curioso. Los hombres, dice Hume, no se despojan de su carácter al dejar su país natal; antes lo conservan tan bien como sus leyes y su lengua: así, en las colonias inglesas se reconoce el tipo de la madre patria. No hay raza más fuertemente templada que la anglo-sajona: transporta consigo á todas partes sus costumbres y sus principios políticos. Los Anglo-Americanos parecen idénticos á sus progenitores; sin embargo, ¿quién lo creería? su constitución física se aproxima más cada día á la naturaleza de las poblaciones indígenas; físicamente ha-

(1) HUME, *Ensayos morales y políticos*, xx (*Obras filosóficas*, tomo vi, p. 237, 242, 243 de la edición en 12.^o).

blando, los Yankees tienden á convertirse en salvajes. La alteración que se nota en sus rasgos ¿no ejercerá influencia sobre la parte moral? Por los rasgos y por el carácter, dice un Anglo-Americano, nos hemos transformado en Hurones (1).

En vista de un hecho tan notable, fuera imposible negar la poderosa acción del clima sobre el hombre. Esta singular transformación de la raza anglo-sajona nos pone sobre la pista de la verdadera dificultad que presenta el problema. Hay una relación entre el clima y la constitución física y moral de los pueblos. Los Anglo-Americanos no son Ingleses, aunque no se hayan mezclado con las poblaciones indígenas; no se convertirán tampoco en salvajes, pero sí formarán una nacionalidad nueva. ¿Cuál es la causa de esa relación entre el carácter de las naciones y el país que habitan? ¿Tendrá su principio en Dios? Los que creen que Dios está en el mundo, tanto en la naturaleza física exterior como dentro del hombre, no vacilarán en responder: Sí, el lazo íntimo que une á los pueblos con el país que habitan viene de Dios. Sucede en los pueblos lo que en los individuos. Se ha definido al hombre una inteligencia servida por el cuerpo. Es evidente que el órgano ha de estar en armonía con la función que ha de llenar; ¿quién establece esta armonía entre el cuerpo y el alma? ¿Es el cuerpo quien hace al alma, ó, por el contrario, el alma al cuerpo? Si hubiéramos de elegir entre las dos hipótesis, daríamos á la última la preferencia, bajo el concepto de que el cuerpo no es más que un instrumento, es decir, el elemento accesorio, aunque necesario. Á nuestro juicio, debiera decirse que Dios da al alma el instrumento que necesita según sus facultades y la misión que ha de cumplir. ¿No sucederá lo mismo respecto á las naciones? También ellas tienen necesidad de un órgano material; necesitan un territorio, que es como su cuerpo, y este territorio no es únicamente el teatro de su acción, sino que también les suministra las primeras materias indispensables para cumplir su misión. Si un pueblo está dotado de genio industrial, si está llamado á transformar los elementos de la naturaleza, Dios le colocará en un país donde encuentre un auxiliar en la naturaleza misma. ¿En qué consiste, se nos preguntará, ese genio innato á los

(1) Véanse los testimonios en la *Revista de Ambos Mundos*, 1861, t. I, p. 964 y sig. (art. de M. DE QUATREFOGES).

pueblos y de quién lo reciben? El genio ó el espíritu nacional es el sello de la misión particular que la nación ha de cumplir: lo recibe de Dios, y la naturaleza viene en su auxilio como un instrumento providencial.

Ahora ya comprenderémos por qué los climas difieren de uno á otro país. Hay una ley que rige toda la creación: la unidad en la variedad. El fin asignado á la especie humana es el mismo para todos los hombres. Existe un ideal de perfección hacia el cual todos tienden, pero cada cual por una vía particular; Dios nos ha dotado tan ricamente, que es imposible á un solo hombre realizar el ideal de perfección que nuestra naturaleza oculta. De aquí la variedad infinita de caracteres, de disposiciones y de facultades; de aquí también la necesidad de la división del género humano en naciones. Cada nación tiene sus facultades especiales y su misión en armonía con las cualidades de la inteligencia y del corazón con que Dios le ha dotado. El concurso de todas esas fuerzas individuales y nacionales es necesario para conducir á los hombres y á los pueblos hacia el término ideal que la Providencia les ha señalado. Así reina una admirable armonía donde, en apariencia, sólo se descubre una diversidad sin objeto.

Colocándonos bajo el punto de vista providencial, fácilmente se explica la acción que ejerce el clima sobre los hombres y los pueblos; providencial, pero no fatal. El fatalismo excluye la libertad, en tanto que el gobierno de la Providencia no tiene otro objeto que guiar la libertad é inspirarla. El fatalismo del clima inmoviliza á los hombres y á las cosas. La educación que Dios dirige es muy diversa. La naturaleza es un instrumento de que se sirve y de que los hombres también están llamados á servirse. No es inmutable, antes se transforma dentro de ciertos límites. La transformación de la naturaleza exterior puede acompañar el progreso que el hombre realiza en el dominio intelectual y moral, y esto se produce necesariamente. En la infancia de las sociedades, la libertad del hombre es latente en cierta manera y no tiene de ella conciencia; la acción de la naturaleza es entonces todopoderosa, y el hombre la sufre sin conocerlo; por el contrario, teme tocarla, como si modificar la naturaleza fuera una empresa sacrilega. Pero la humanidad tiene por misión desarrollar sus facultades, y, por consecuencia, su libertad, sin la cual no ha-

bría desenvolvimiento posible. Á medida que la libertad crece, aumenta el imperio del hombre sobre el mundo, y, por consiguiente, pierde su fuerza fatal el dominio que ejerce el clima; su influencia, sin embargo, no desaparecerá jamás por completo, como no desaparecerá la del cuerpo sobre el alma; pero tampoco se estima como una tiranía desde el momento que el hombre tiene conciencia de la armonía divina que preside á su desarrollo. La naturaleza le servirá de apoyo; podrá también ser un obstáculo, pero el obstáculo se cambia en apoyo cuando el hombre comprende que debe, que puede vencerle, ó por lo ménos combatirlo.

Volvamos á Montesquieu, á quien tenemos que dirigir otra acusación, y es que limita y restringe demasiado el gran problema que ha planteado, no hablando más que del clima y del terreno. Hay otras mil influencias con relación á la naturaleza. Fuerza es ensanchar la cuestión. Un escritor alemán lo ha hecho. Herder nos manifestará las dificultades que se presentan en tropel cuando se examinan las relaciones entre el hombre y el medio exterior donde está llamado á vivir y á desenvolverse.

N.º 2.—La naturaleza.—Herder.

I.

Los Alemanes celebran á Herder como el fundador de la filosofía de la historia. "Ninguno antes que él, dice Bunsen, ha abrazado la materia en todas sus fases; él únicamente se ha ocupado lo mismo del hombre físico que del hombre moral. Espíritus limitados le han acusado de materialismo ó de fatalismo, cuando, por el contrario, hay que glorificarle por haber estudiado al hombre completo, cuerpo y alma," (1). Cousin abunda en esos elogios: la obra de Herder, en su concepto, es el primer gran monumento levantado á la idea del progreso perpetuo de la humanidad bajo todos sentidos y en todas direcciones (2). Méno entusiasta que los Alemanes, Cousin reprocha á Herder la falta de precisión y un carácter general de indeterminación y de vaguedad que perjudica á la impresión de sus grandes cualidades. De aquí resulta,

(1) BUNSEN, *Hippolytus und seine Zeit*, t. I, p. 263.

(2) COUSIN, *Curso de la historia de la filosofía*, lección XI.

según él, que los colores del libro son demasiado brillantes y que ostentan más resplandor que luz.

Por nuestra parte, pagamos con placer tributo de admiración a uno de los genios más admirables de los tiempos modernos. Pero Herder es más poeta que historiador y que filósofo; de aquí el brillo de su estilo, que deslumbra respecto a la profundidad del pensamiento. No es cierto que fuera el primero en concebir la filosofía de la historia. Esta ciencia nueva, como Vico la llama con razón, descansa sobre dos ideas sin las cuales no existiría: el progreso, que implica que los hombres y los pueblos realizan por sí mismos su destino; el gobierno providencial, que da a la humanidad un guía en el autor de su existencia, sin que esta educación divina coarte en nada su libre actividad. Preguntémosle a Herder lo que piensa del gobierno providencial y del progreso. Es difícil responder, sin contar con que toda respuesta absoluta sería inexacta, en el sentido de que rebajaría ó ensalzaría demasiado al autor de las *Ideas sobre la filosofía de la historia*. Hay que seguir su pensamiento nebuloso en todos sus rodeos: la inspiración es siempre generosa, pero la idea queda indecisa é intangible. Si el hombre, como dicen algunos, es un sér contradictorio, la obra de Herder es la verdadera expresión de la naturaleza humana.

¿Creía Herder en la Providencia y en el gobierno providencial? La pregunta implica una duda, y ésta reviste el carácter de injuria, tratándose de un espíritu religioso como Herder. En la Introducción de sus *Ideas* se lee que el estudio de la historia conduce a Dios: al escribir su libro, dice, ha experimentado una confianza sin límites en la sabiduría eterna y en la bondad del Creador, y sería dichoso si alcanzara á comunicar esta impresión aunque no fuese más que á uno solo de sus lectores; por todas partes ha encontrado la presencia recóndita del Creador en sus obras; por todas, las grandes analogías le han conducido á las verdades de la religión. Herder termina su Prefacio por un himno poético á Dios: "Gran Sér, supremo é invisible dispensador de nuestros destinos, á tus piés deposito el libro más imperfecto que haya escrito mortal. He osado seguir las huellas de tus pasos; ¿qué importa que se disipen sus hojas y que se desvanezcan mis palabras? Tus pensamientos vivirán siempre, y poco á poco los des-

cubrirás á tus criaturas, bajo formas cada vez más perfectas," (1).

Al leer esas líneas, que pierden su encanto en una pálida traducción, ¿quién no diría que la obra de Herder debe ser la prueba viva de Dios en la historia? Pero si Dios está en la historia, hay también un plan divino al que obedecen los hombres y las cosas, aunque los individuos y los pueblos no tengan siempre de él conciencia. Acontecerá que los hombres no quieran lo que Dios quiere. Toda la filosofía de la historia se resume en esta oposición que irá paulatinamente disminuyendo, pero que no desaparecerá jamás; ¿qué opina sobre este particular Herder? No quiere que el historiador hable de un plan oculto y de designios misteriosos. El destino se manifiesta por lo que acontece, y en los hechos tal como se realizan descubriremos la razón de las cosas (2). ¿Qué quiere esto decir? ¿Que el hombre quiere siempre lo que Dios quiere? Lo contrario se lee en todas las páginas de la historia; y aún cuando ésta no existiese, bastaría considerar de una parte la imperfección humana, de otra la perfección divina, para comprender que la armonía completa entre el hombre y Dios es imposible. Hay, pues, que dar á Dios necesariamente su parte en los hechos históricos, parte que será para los actores en la historia un secreto, pero que irá sucesivamente despejándose, como dice el mismo Herder en su Prefacio.

Dejemos la teoría para interrogar los hechos. Alejandro de Macedonia es una de las grandes figuras de la historia. Su corta existencia se concentra en la expedición de Asia; ¿qué fué esta guerra maravillosa? Herder responde que Alejandro fué al Asia, porque era hijo de Filipo, porque encontró la expedición preparada por su padre y porque la deseaba la nación. Con su carácter, con su edad y con la impresión que le quedara de la lectura de Homero, nada más natural. Guardaos bien, añade el historiador filósofo, de atribuir esta atrevida empresa á las inspiraciones de un poder superior, porque correríais el peligro de transformar en designios divinos sus locuras, y disminuiríais la gloria de su genio, quitando á sus acciones su espontaneidad y su libertad. "La historia, dice Herder, es

(1) HERDER, *Ideen zur Philosophie der Geschichte*. Vorrede (Obras, t. XXVIII, p. 9, 10, edición de Gotta, 1853).

(2) HERDER, *Ideen zur Philosophie der Geschichte*, XIII, 7 (Obras, t. XXIX, p. 151).

la ciencia de lo que es y no de lo que puede ser según las secretas miras de Dios. En tal caso, habría que mantener á Dios fuera de la historia. ¿Qué es, pues, Alejandro, y por qué se le califica de Grande, á pesar de sus locuras criminales? ¿Acaso los últimos resultados de su expedición, en los que ciertamente no pensaba el héroe griego, dejarán de ser hechos? Y sus consecuencias, el helenismo extendido hasta el remoto Oriente, la vía preparada al cristianismo, esos hechos trascendentales ¿no habrán sido previstos por la sabiduría infinita que Herder celebra en su Prefacio, y de la que, sin embargo, no quiere oír hablar en su libro? No diremos por esto que los designios de Dios justifican las acciones insensatas del joven conquistador, no; las cometió libremente, y de ellas dará cuenta; pero la historia justifica á la Providencia, demostrando que su mano nos conduce al término de nuestro destino á través de nuestros errores y de nuestros crímenes.

El pueblo rey se sobrepone á los Helenos, y ocupa su vida en luchas sangrientas. ¿Cuál es la significación de la sangre que corre durante ocho siglos? Los hombres, aterrorizados de esta carnicería, se han preguntado con ansiedad si respondería á algún designio de Dios. ¿No era la guerra un instrumento de civilización en la antigüedad? Los Romanos, iniciados en la cultura intelectual por los Griegos, á quienes habían vencido, ¿no fueron á su vez misioneros armados? Nosotros mismos, descendientes de los Bárbaros, que ellos arrancaron á la barbarie, ¿no vivimos todavía de la vida del pueblo que nos ha iniciado en la vida de la inteligencia? Su lengua ¿no se ha confundido con la nuestra? Su derecho ¿no se ha transcrito en nuestros códigos? ¿Tendríamos nuestra religión si las legiones no hubiesen preparado el camino al Principio de la paz? Herder rechaza todas estas suposiciones. La cultura romana, exclama, ¿nos consolará de las fechorías romanas? Preguntado á la Sicilia, que tan caros pagó los discursos de Cicerón contra Verres. ¿Acaso se requiere que perezcan millones de seres para que entre sus cenizas brote una flor que será disipada al primer soplo de los vientos? ¡El derecho romano! Sólo á Roma convenía. Instrumento de su despotismo, ha aniquilado ó desnaturalizado la individualidad de los pueblos á que ha sido impuesto. ¡La religión! "Yo venero, dice Herder, los beneficios que ha derra-

mado sobre el género humano, pero no creo que la mano de los hombres haya preparado una sola vía á sus conquistas en el imperio romano. Rómulo no fundó su ciudad por el cristianismo; las guerras sangrientas del pueblo rey no tuvieron por objeto anunciar al mundo el reino de Cristo. ¿No es un ultraje á la Majestad divina la suposición de que, para extender el reino de la verdad y de la justicia, no haya tenido otros medios que el yugo opresor y las manos ensangrentadas de los Romanos?" (1). Á nuestra vez preguntaremos á Herder qué significan la bondad y la sabiduría infinita de Dios, que en su Prefacio ha celebrado. ¿Habrá Dios abandonado el mundo, durante ocho siglos, al pillaje, sin cuidarse de la sangre que corría ni de las ruinas que se amontonaban? ¿Qué digo durante ocho siglos? Hay que decir que desde que la humanidad existe, reina la violencia, y que no se verá el fin de su dominación. A la verdad, no comprendemos cómo el espectáculo de los abusos de la fuerza puede conducir á Dios, ni cómo el historiador que los describe puede venerar la bondad y la sabiduría divinas.

Preguntad á Herder qué son los conquistadores, y responderá comparándolos á las fieras que pueblan los desiertos del África. El historiador filósofo no establece ninguna distinción entre los que la humanidad ha llamado grandes, en su admiración ó en su reconocimiento, y los que maldice como azotes de Dios: Alejandro y Atila están al mismo nivel. Y ¿por qué existen esas fieras? Equivale esto á preguntar por qué al lado de las vacas y de los corderos hay leones y tigres. La naturaleza así lo quiere, dice Herder. Pero la naturaleza es Dios; luego es Dios quien crea esos seres dañinos que los hombres admiran en su estupidez, cuando debieran acosarlos como á los lobos. En rigor, éstos pueden exterminarse; pero siempre habrá hombres nacidos, al parecer, para destruir. Si sus guerras no ocultan algún designio divino, fuerza es admitir que Dios crea seres destructores para cumplir una obra de destrucción. De ser así, deberíamos inclinarnos ante la necesidad, pero no adorar la bondad infinita del que envía tigres con rostro humano nada más que para asolar y destruir (2).

(1) HERDER, *Ideen zur Philosophie der Geschichte*, XIV, 6 (Obras, t. XXIX, p. 208-221).

(2) HERDER, *Ideen zur Philosophie der Geschichte*, XV, 2 (Obras, t. XXIX, p. 221).

Hay que insistir sobre este desolador espectáculo, para que los hombres sepan cuál sería su destino si se desterrase á Dios de la historia. Los anales del Oriente, en la remota antigüedad, se reducen á una serie de conquistas, semejantes á los trastornos de la naturaleza física, con una diferencia, sin embargo, en favor de los huracanes y de los temblores de tierra, y es que éstos son accidentes puramente materiales, en tanto que los estragos de los conquistadores son locuras ó crímenes. Ciro abre la era de los héroes. Su hijo es un verdadero insensato, que destruye por el placer de destruir; los viajeros maldicen hoy todavía á ese loco furioso que ha cubierto al Egipto de ruinas, sin que se descubra una sombra de razon en sus acciones. Pues ¿qué dirémos de Cambises, comparado con el cual, pasa Darío, con justicia, por un sabio? Resta sólo al historiador verter á torrentes lágrimas de indignacion cuando ve á déspotas insensatos derramar la sangre á torrentes, primero por extender los límites de su imperio monstruoso, despues derramar aún nuevos torrentes de sangre para mantener una dominacion que nada justifica ni excusa: por todas partes y constantemente no se encuentra más que sangre y ruinas (1).

Más adelante dirémos cuál fué la mision providencial de esos conquistadores. Hay que ver la mano de Dios en los males que afligen á la humanidad, so pena de ser víctimas de la desesperacion. Cuando se destierra á Dios de la historia no se sabe qué deplorar más, si la sangrienta locura de los conquistadores, ó la mayor aún de los pueblos que adoran como héroes á los destructores del género humano. Herder emplea las calificaciones más deshonorables para cubrirlos de infamia: "Son estranguladores, verdugos coronados; los mejores están llenos de artificios y de audacia, y lo sacrifican todo á su ambicion. Nada prueba mejor la miserable condicion humana; más bien dicho, la inferioridad de la raza humana: la tierra que habita debiera llamarse el planeta de Marte ó de Saturno, que devora á sus propios hijos," (2).

Contemplad á los destructores por excelencia, á los que se apellidan el pueblo de Marte y cuyo primer rey fué amamentado por una loba. Herder

(1) HERDER, *Ideen zur Philosophie der Geschichte*, XII, 2 (Obras, t. XXIX, p. 54 y siguientes).

(2) HERDER, *Ideen zur Philosophie der Geschichte*, IX, 4 (Obras, t. XXVIII, p. 375).

profesa un verdadero odio á los Romanos, y los persigue con invectivas desde su cuna hasta que llevaron á cabo la conquista del mundo, en una guerra permanente de ocho siglos; ¿cuál es la razon de tanta sangre y de tantas ruinas? Preguntádselo á Italia; buscaréis en ella pueblos que eran más civilizados que sus bárbaros vencedores, y no encontraréis de los Etruscos sino el nombre. ¡Naciones enteras exterminadas! ¿Quién puede decir lo que ha perdido la humanidad en las artes y las ciencias por la destruccion de las ciudades griegas? El gran Arquímedes, muerto por un legionario, protestará siempre contra la pretendida mision civilizadora de las legiones romanas. Celébrase el valor y la indomable perseverancia de Roma en su lucha contra Cartago; pero contempladla de cerca, y convendréis en que su historia es una historia de demonios. De Grecia sólo nos quedan ruinas que los incultos vencedores han llevado en triunfo, para que en las cenizas de su propia ciudad perezca un dia cuanto de bello la humanidad ha producido. ¿Qué han dado los Romanos en compensacion al Oriente? Devastaron el pais, quemaron las bibliotecas, los altares, los templos, las ciudades. ¡Bandidos! ¡Roma es un antro de ladrones y de asesinos! (1).

La fuerza brutal no reina solamente en los campos de batalla; ella funda tambien los Estados y las diversas formas de gobierno. ¿Quién ha establecido la monarquía en toda la Europa? El derecho del más fuerte. Conquistas violentas y siempre conquistas, tal es la fuente de lo que llamamos derecho público. En vano los legistas, para disimular un poco la obra de la violencia, han imaginado un consentimiento tácito de las víctimas de la fuerza. ¿Qué vale el consentimiento donde no existe libertad? El más fuerte toma lo que quiere, y el más débil otorga ó sufre lo que no puede impedir. Tal es el contrato que sirve de fundamento á nuestras sociedades (2). En presencia de este diluvio de males, Herder compadece la miserable condicion de los humanos: "Por todas partes no encontramos más que ruinas, sin poder decir si lo que entre ellas se levanta vale más que lo que ha sido destruido. Las naciones florecen y mueren. ¿Por qué? ¿Los

(1) HERDER, *Ideen zur Philosophie der Geschichte*, XIV, 3 (Obras, t. XXIX, p. 177-184).

(2) HERDER, *Ideen zur Philosophie der Geschichte*, IX, 4 (Obras, tomo XXVIII, p. 373).

Romanos fueron más felices ó más sabios que los Griegos? ¿Lo somos nosotros más que unos y otros? La naturaleza del hombre no cambia. En el año diez mil de su historia nacerá con pasiones, como en los primeros dias del mundo. ¡Triste destino! El género humano, á pesar de sus constantes esfuerzos, se verá siempre condenado á la rueda de Ixion, á la roca de Sísifo ó al suplicio de Tántalo," (1).

Hé ahí las angustias de la duda y los gritos de la desesperacion. Si el cuadro que Herder traza de la historia fuera la expresion de la verdad, habría que convenir en que el hombre tiene razon para dudar y desesperarse. Sin embargo, despues de decir que el mundo ha sido siempre presa de la fuerza, añade el historiador filósofo que hay que examinar algo más que la apariencia de las cosas y que romper la superficie para penetrar en el fondo de los acontecimientos. El que ve á Dios en una mata de hierba y en un átomo de polvo, ¿puede creer que no se encuentra en la historia? ¿Acaso el hombre no forma parte de la creacion? Si los astros obedecen á una ley admirable, si Dios dirige su curso, ¿por qué el hombre solamente quedaria sin ley y sin Dios? (2).

Aplaudimos esas bellas frases, aunque nos ponen en extraña perplejidad. Herder dice que Dios está en la historia, y, sin embargo, no quiere que el historiador le busque en ella. ¿Qué significa entonces ese Dios que está en nosotros, pero que no nos es dable ver? Si es el Dios-Providencia que inspira á los individuos y guía á los pueblos, ¿por qué Herder se opone á que el historiador lo manifieste á los hombres en la vida de la humanidad, como los naturalistas lo demuestran en toda la naturaleza? ¿No sería este el mejor medio de disipar la duda y de sustituir con la esperanza á la desesperacion? Mas ¿acaso no era el Dios de Herder el Dios-Providencia? Las leyes á que el hombre obedece, ¿son leyes generales como las que rigen á los astros? La concepcion de Herder no se funda en la accion de la Providencia, que no cesa un instante de inspirarnos y guiarnos; ántes bien, en el imperio de leyes generales que gobiernan, en toda la eternidad, lo mismo al mundo moral que al fisi-

(1) HERDER, *Ideen zur Philosophie der Geschichte*, libro XV (Obras, t. XXIX, p. 224).

(2) HERDER, *Ideen zur Philosophie der Geschichte*, libro XV (Obras, t. XXIX, p. 215).

co. Esta concepcion implica el destierro de Dios en la historia. ¿Será acaso el Dios de Herder el de Spinosa, que está á la verdad en el mundo, pero de tal suerte, que no queda á la humanidad existencia independiente? El hombre, dentro de este órden de ideas, obedece tambien á leyes; pero ¿qué le importa, si no es más que una manifestacion pasajera del Sér universal?

Formulamos muchas preguntas y damos pocas respuestas; estriba esto en que el pensamiento de Herder es tan flotante, que se corre peligro de exagerarle ó de alterarle, precisándolo. Hemos dicho que, si Herder rechaza una accion particular de la Providencia, es porque la religion tradicional representa á Dios interviniendo milagrosamente en los asuntos humanos. Cierto; pero ¿es esta la única razon por la que Herder no admite que el historiador investigue lo que Dios quiere, en oposicion á lo que quieren los hombres? No lo creemos; su alma religiosa podia mantener la accion de la Providencia, rechazando la vía sobrenatural que había ya perdido todo su crédito en el siglo XVIII. Es verdad que mantiene á Dios en la historia, pero nominalmente: "El Dios que yo busco en la historia, dice, debe ser el mismo que encuentro en la naturaleza, porque el hombre no es más que una pequeña parte del todo á que está ligado su destino. Luego las leyes á que el hombre está sujeto son leyes naturales," (1). ¿No equivale esto á decir que son generales? Y si son generales, ¿no hay que rechazar como supersticion lo que los cristianos llaman gracia y gobierno providencial? Tal era la opinion de los filósofos del siglo XVIII, de que Herder participaba. En sus *Ideen* leemos: "Dios no viene en nuestro auxilio sino por nuestra razon y por nuestras facultades. Despues de crear el mundo, formó al hombre y le dijo: Sé mi imagen, un Dios sobre la tierra; sé el amo y el señor. Haz cuanto noble y bueno tu naturaleza te permita hacer. Yo no puedo ayudarte con milagros, puesto que en tus manos pongo tu destino; pero las leyes santas y eternas que he dado á la naturaleza vendrán en tu auxilio," (2). Voltaire veía milagros en la gracia y en el gobierno particular de la Providencia; Herder parece ser de la misma opinion,

(1) HERDER, *Ideen zur Philosophie der Geschichte*, XV, núm. v (Obras, t. XXIX, p. 251).

(2) HERDER, *Ideen zur Philosophie der Geschichte*, XV, 1 (Obras, t. XXIX, p. 221).